

la medida que ahora los vemos, aun bajo las bóvedas de nuestras catedrales consagradas al Dios espíritu, y en torno de cuyas lámparas aletean enjambres de puros pensamientos metafísicos, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor entre todas sus ofrendas. Un dios ha tenido la clásica antigüedad para el vino; un dios llegado en peregrinación larguísima desde las Indias á Grecia, seguido por turbas ébrias, artífice de las más dulces melodías, personificación de los placeres, verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el ser. Indudablemente no fueron arios quienes descubrieran el vino. La invención de tal vivificante licor se debe al semita. Así la poesía hebraica y sus efusiones líricas encontraron una cantera de tropos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el polen de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en el oliente lagar de donde rebose el mosto. Pues todo esto no quiere decir otra cosa, y no significa otra cosa á la verdad, sino que, así como la invención ó descubrimiento del fuego encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Prometheo, la invención ó descubrimiento del vino encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Baco y á Noé. Tal honda huella dejan en la humana memoria los inventores útiles.

Pues lo sucedido en la Mitología con el titán Prometheo y en la Biblia con el patriarca Noé, sucede á su vez en la Historia con el descubridor Colón. Su vida no se desarrolla en tiempo de leyendas y fábulas. Bien al revés nace, fluye, acaba, cuando comienza un cierto análisis crítico, á cuyos cortes mil poéticas leyendas se dividen y cercenan por completo del viejo mundo histórico. Ni la fe religiosa, tan crédula que imagina el patrimonio temporal de los Papas una graciosa donación de Constantino, pudo mantener ante la crítica de doctores criados por ella misma, ciertas piadosas creencias, las cuales, no en los cánones, pero sí en las devociones, revestían el sacratísimo carácter de ce-

lestiales dogmas. Y al par que la crítica se iniciaba, ingeríase á su vez en la Historia un factor tal como la Razón de Estado. Así, mientras Maquiavelo escribe al dictado de la ciencia política, trabajaba Colón en sus empresas, mezclando cálculos matemáticos, fines útiles é intuiciones reveladoras. Poco á poco, pues, van las gentes de fantasía, corazón y sentimiento, apoderándose de la ilustre personalidad de éste, y circuyéndola con poéticos misterios, como los arreboles con que la tarde rodea en su caída el ocaso, y como los espejismos con que el aire caldeado rodea, en los días ardientes, las arenas de los inmensos desiertos. El crecimiento de tamaña leyenda llegó á lo increíble. Cuando Colón educa su espíritu en todos los conocimientos racionales allegados hasta su edad; cuando propone á cuerpos universitarios y sabios la indispensable aceptación de sus proyectos, debidos en una parte á sus adivinaciones personales, y en otra parte á sus experiencias y á sus estudios, hijos del trabajo y del tiempo; cuando lo espera todo, en la preparación tenaz aquella, del Estado y del Gobierno, de magnates, arzobispos, frailes, reinas y reyes efectivos; cuando el saber y el cálculo entran por tanto como la intuición y el genio en sus planes, han querido muchas almas piadosas descubrir allí revelaciones como las antiguas del Eterno á sus profetas, milagros como los hechos por Moisés entre las orillas del Nilo y las orillas del Jordán, aspectos religiosos y sobrenaturales, hasta el extremo de trocar la biografía de un héroe tan histórico por lo menos como Lutero y Franklin, en capítulo piadoso de litúrgico santoral, y proponer á la Iglesia una beatificación como la que circunda hoy en los devocionarios católicos todos los nombres más ó menos gloriosos de la Cristiandad primitiva y heroica. Tan excepcional privilegio de Colón atribúyolo á que los descubrimientos y los descubridores hieren mucho la fantasía; y, sin embargo, entran menos en la Historia vulgar que los políticos y que los guerreros. ¿Cuánto más no le importa hoy al hombre conocer quién halló el molino de harina, que conocer quién ganó la batalla de Arbelas? Como



la costumbre de la imitación impera casi tanto entre los hombres cual entre los monos, repetimos lo que acabamos de decir arriba: un achaque, de antiguo contraído por los historiadores, ha compuesto la historia humana con espesa urdimbre de guerras y combates. Así, los descubrimientos han quedado en la penumbra de los crepúsculos y los relatos de ellos han adquirido un carácter intermedio entre la Historia y la fábula. Tal vez á esto, al carácter entre fabuloso y positivo que toma, por una regla general, el relato de los descubrimientos, débese la indiferencia con que los ha recibido el pueblo y la parquedad con que los ha contado la Historia. Lo cierto es que, poniendo enfrente los volúmenes consagrados á la política y la guerra, de los volúmenes consagrados al trabajo y á la industria, se queda uno pasmado y asombradísimo de la increíble desproporción. Aun la comprendo en edades que creían vil el trabajo manual y menospreciaban el tráfico, relegado á gentes de poco más ó menos, inhabilitadas de hombrearse con los hidalgos. Pero en la edad nuestra, la edad por excelencia del trabajo y de la industria, mientras los nombres de los generales por doquier corren y se divulgan, el nombre de los descubridores cae con la mayor facilidad en triste olvido ingrato. Por un Galvani, por un Franklin, por un Daguerre, por un Edison, que han difundido entre todas las clases el renombre propio y han puesto á los descubrimientos el sello de sus apellidos, ¡qué número de olvidadas ó desconocidas glorias! Cuando vamos por el ferrocarril, como en alas del viento, no tenemos un recuerdo para Wath, que aplicó el vapor al transporte; ni para los ingenieros que acabaron la primera línea de Liverpool á Manchester en 1830. Y mucho más de lo que sucede con el vapor, sucede con el telégrafo. Se opera el milagro á vuestra vista: la palabra puesta en cualquier aparato de la Florida ó de la Patagonia, llega instantáneamente á vuestros oídos; el hecho que ha pasado dentro de la muralla china ó al borde de los ríos índicos, se os noticia tan pronto cual si hubiera pasado en vuestra vecindad ó en vuestro barrio; por

unos hilillos de metal, que burlan los climas y los océanos, estáis como dioses á un mismo tiempo en todas partes, y sentís los afectos y las ideas del género humano cual si formarais con todos vuestros semejantes un solo cuerpo: sin embargo, nada sabéis del profesor de Gotinga, Lichtenberg, el primero en aplicar la electricidad á la telegrafía; ni del industrioso Weatstone, el primero en establecer una línea en Inglaterra; ni del inmortal Morse, más conocido entre la gente del oficio, entre los telegrafistas, que los anteriores, pero desconocido en el pueblo, no obstante haber obligado la máquina eléctrica á escribir y casi hablar con sus campanillas de alarma: magos milagrosísimos y sobrenaturales, más que los buscadores de la piedra filosofal, pues han hallado riquezas no comparables al oro en los medios de centuplicar las fuerzas de nuestra especie y extender sobre la creación el imperio de nuestra inteligencia y la intensidad de nuestra vida. Las gentes de lo porvenir no habrán de ser tan ingratas. Los primeros años del siglo crecerán en la memoria universal, no por esas victorias napoleónicas, en mil poemas divinizadas, no ciertamente, por otro mejor timbre, por esa pila de Volta, donde la difusa electricidad se condensa, y que guarda en sus líquidos y en sus metales corrientes y fuerzas, como si fuera un reducido Universo, un resumen de la química con que producen y conservan la vida los grandes agentes de la Naturaleza. Hoy mismo, cuando entráis en la catedral de Pisa, bajo aquellas bóvedas semiorientales, en los senos del edificio por excelencia original que nos ha legado la Edad Media, vuestros ojos se fijan y vuestro espíritu se reconcentra sobre aquella lámpara suspendida de la piedra central del crucero, que despertó con su llama vacilante, á Dios consagrada, y con sus oscilaciones continuas, la teoría del péndulo en la inteligencia de Galileo para que demostrase la figura del globo y su eterno movimiento por las esferas celestes. Los pueblos cambiarán sus peregrinaciones de hoy por otras peregrinaciones en tiempos no lejanos. Y agradecidos á todos sus bienhechores, irán á ver, por ejemplo,



el escollo cercano á Alejandría, conocido con la denominación de Faros, por el cual se denominan faros también esas estrellas terrestres, esas pródidas luminarias, esos guías salvadores que muestran al navegante las costas y le excitan á luchar con las tormentas y á obtener las victorias del trabajo sobre la fuerza, sin las cuales victorias no tiene valor alguno la vida. En verdad que, para entender la importancia de los descubrimientos, se necesita cambiar por completo el sentido histórico y hasta el sentido poético. Si un día por la huerta de Játiva os paseáis, pocos sabrán deciros que allí se descubrió el papel de escribir á la moderna, tan diverso del papiro de unos y del pergamino de otros, cuyo empleo estaba reservado por su coste á los poderosos y á los magnates. La tenue hoja, cayendo en todas las manos, inicia la emancipación intelectual de la humanidad. Cuando la cogéis descuidados, cuando le infundís vuestro pensamiento y le confiáis vuestro secreto, jamás os asaltará la idea de todo cuanto ha hecho esa leve materia, tan barata y extendida, por vuestra lenta redención. Los chinos, raza bien poco religiosa, casi han divinizado, y si no divinizado, inmortalizado, al tercer Emperador de la dinastía Tag por haber descubierto el papel. Mas todo el mundo sabe la inutilidad completa de las invenciones chinas para nosotros. Aislado este pueblo por su muralla, que lo dividía del mundo, ha sentido nuestras mismas necesidades y las ha satisfecho de un modo parecido al nuestro; pero las invenciones chinas, su brújula, su pólvora, su papel, no se comunicaron al resto del Asia, ni mucho menos á Europa. Cuando en la Edad Media se halló el aguardiente, creyeron todos que se había encontrado el elixir de la inmortalidad. Y hallado por el cordobés Abul Hasem en aquellos jardines cercanos á Córdoba, y de los cuales únicamente quedan reflejos en correspondencia con su brillo por los relatos de las crónicas árabes, el tal médico mahometano comunicó su invento al sabio Arnaldo de Villanueva, su discípulo, y el sabio Arnaldo á otro discípulo suyo, no menos ilustre, Raimundo Lulio; y merced á las continuas comunicacio-

nes de Cataluña y de Provenza con Italia, se dilató por Europa. El papel y el aguardiente, ¡cuán útiles! Y sin embargo, ¡cuán ignorada su historia! Pues igual ha sucedido con todo. El estruendo de las armas ciertamente se ha oído más que los golpes del azadón y del arado sobre la tierra. Y nunca nos hubiéramos enseñoreado del planeta sin esa red maravillosa de invenciones, que han contribuído á formarlas, como sus zonas geológicas, sus irradiaciones sucesivas, su enfriamiento gradual, sus terrenos sobrepuestos y todo lo demás que nos ha enseñado la Historia natural de nuestro globo. Sin el astrolabio que para estudiar el cielo tenían las escuelas árabes de Córdoba y Sevilla; sin el Álgebra que tanto facilita los cálculos enormes; sin la brújula que señala un punto seguro al barco perdido entre lo infinito del cielo y lo infinito del mar; sin la imprenta que, al medio siglo de inventada, servía ya mucho á prosperar el espíritu, no hubiera podido la invención del Nuevo Mundo verificarse, producto y resultado evidéntísimo de una lenta y segura evolución graduada, como todos los grandes hechos humanos, los cuales nunca sobrevinieron de improviso. El descubrimiento de América está en la Historia tan preparado, como está en la Geología preparada la tierra vegetal tras las zonas, que por sucesivas gradaciones han debido producirla en una especie de sucesión semejante á la que tienen las ideas en los sistemas filosóficos y los términos ó factores en las evoluciones así materiales como lógicas. Cual una continua producción de profecías preparó los caminos á la venida de Cristo y á la revelación del cristianismo, una continua serie de sobrehumanos esfuerzos preparó la venida de Colón y el descubrimiento de la nueva tierra, semejante á renovado y primaveral universo.